

DE MULIERE FORTI LIBELLUS. (C,S)

ALEPH.

¿Quién hallará una mujer fuerte? Su precio está lejos, y de los confines más remotos. La mujer fuerte es llamada la Iglesia católica. Mujer, porque acostumbra a engendrar hijos espirituales para Dios a partir del agua y del Espíritu Santo. Fuerte, porque desprecia todas las cosas del mundo, tanto adversas como prósperas, por la fe en su Creador. Pues Él, al aparecer en la carne, la encontró débil, pero con su hallazgo, es decir, con su piadosa visita, la hizo fuerte. Por eso, después de su redención, al regresar al cielo, decía gozoso a los ciudadanos celestiales: "Alegraos conmigo, porque he encontrado la oveja que se había perdido" (Luc. XV, 6). Viendo, pues, Salomón al género humano implicado en innumerables errores, y que para su salvación ningún patriarca, ningún profeta, ninguno de los elegidos, excepto el único Mediador entre Dios y los hombres, sería suficiente, dijo: "¿Quién hallará una mujer fuerte? Su precio está lejos, y de los confines más remotos." Como si abiertamente, admirando, proclamara la futura gracia del Señor: ¿Quién es de tanta virtud, quién de tal mérito, que de tantas naciones incrédulas y malvadas del mundo congregate para sí una sola Iglesia de elegidos, que con su gracia haga fuerte e invencible contra todos los adversarios? Ciertamente, no es alguien semejante a nosotros, no vendrá en nuestro tiempo; sino que al final de los tiempos, Dios hombre descenderá del cielo, quien nos redimirá de la muerte con su pasión. Esto es lo que dice: "Su precio está lejos, y de los confines más remotos." Lejos, evidentemente, en el estado del tiempo, que desde los días de Salomón hasta el nacimiento de la Virgen transcurre; y de los confines más remotos, porque "su salida es desde el extremo del cielo" (Salmo XVIII, 7), quien no ofreció otro precio por nuestra redención que a sí mismo. De donde el Apóstol dice: "Quien nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros como ofrenda y sacrificio a Dios en olor de suavidad" (Efes. V, 2). Aunque también puede entenderse correctamente que el precio de la santa Iglesia estaba lejos, cuando la encarnación del Verbo de Dios, su convivencia entre los hombres, su pasión y resurrección estaban lejos de la condición de nuestra naturaleza; pues Él, cuando quiso, y de la madre que quiso, nació, y vivió sin pecado en el mundo: y cuando quiso, y de la muerte que quiso, partió del mundo, y tuvo en su poder el tiempo de su resurrección y ascensión, y otras cosas de este tipo, en las que está tan lejos de nosotros como el cielo de la tierra. Pero porque el Señor, que redime a la Iglesia, no solo le dio recibir la palabra de salvación, sino también luchar constantemente por Él, y predicar esto mismo por el mundo, con razón se añade.

BETH.

Confía en ella el corazón de su marido, porque no carecerá de despojos. Llama al Señor y Redentor de la santa Iglesia su marido, quien también se dignó ser su precio. De donde el Apóstol dice a los creyentes: "Os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen casta a Cristo" (II Cor. XI, 2). Lo que dice, "Confía en ella el corazón de su marido", se toma ciertamente de la costumbre humana. Así como todo aquel que tiene una esposa fuerte, fiel y casta, confía en ella con certeza, porque no puede hacer nada contra su voluntad, ni ser manchada siquiera por un pensamiento adúltero, soporta todo por su amor y desea convertir a cuantos puede a su amistad: así ciertamente el Señor y nuestro Redentor confía en la Iglesia. Pues conoce el Espíritu de gracia que le dio; conoce la virtud de la caridad que infundió en su corazón. Por eso no duda que no solo no puede ser corrompida en la integridad de su fe, sino que también persevera insistentemente para congregar a más en la unidad de la misma fe: esto es lo que sigue, "Y no carecerá de despojos." Pues la Iglesia despoja al diablo, cuando por sus predicadores, a aquellos que él había engañado, los devuelve al camino de la verdad. Y bien se dice, "No carecerá de despojos", porque la Iglesia

nunca cesará de restituir a las almas liberadas del engaño diabólico a la fe de Cristo, hasta que, completado el curso del mundo, se complete también el número predeterminado de sus miembros. Pero porque todo bien que la santa Iglesia o cualquier alma fiel hace, lo recibe de lo alto, con razón se añade:

GIMEL.

Le devolverá bien, y no mal, todos los días de su vida. Pues el alma devuelve bien a Cristo, cuando, habiendo recibido de Él los dones de la vida, responde viviendo rectamente, cuando se esfuerza por comunicar a otros lo que ella misma pudo saber o hacer con su ayuda. Pero cuando dijo, "Le devolverá bien", añadió inmediatamente, "y no mal"; porque ciertamente hay quienes, habiendo recibido bienes del Señor, devuelven males: ya sea contaminando con la levadura herética los misterios de la fe que recibieron; o blasfemando con malas obras la fe que profesan; o corrompiendo las buenas costumbres, con las que sirven a la fe recta, mediante malas conversaciones. Pero tampoco devuelven bien al Señor quienes no se esfuerzan por perseverar hasta el fin de la vida presente en lo que bien comenzaron. Por eso, con razón, cuando dijo, "Le devolverá bien, y no mal", para demostrar la necesidad de la perseverancia en el bien, añadió: "Todos los días de su vida." Lo cual es semejante a lo que dice el evangelio: "Sirvamos a Él en santidad y justicia, delante de Él, todos nuestros días" (Luc. I, 74-75). Con qué obras, con qué frutos de justicia o santidad principalmente se debe insistir, para aquel que se esfuerza por devolver gratuitamente el bien que recibió del Señor, se insinúa a continuación, cuando se dice:

DALETH.

Buscó lana y lino, y trabajó con el consejo de sus manos. Este principio del versículo, la mujer fuerte, es decir, la santa Iglesia, acostumbra a tomarlo y observarlo también según la letra; según lo profético: "Cuando veas al desnudo, cúbrelo, y no desprecies a tu propia carne" (Isa. LVIII, 7). Pero trabaja, no con un trabajo superfluo y ciego, sino con el consejo de que merezca oír de su propio esposo, el Señor Cristo, en el juicio: "Estuve desnudo, y me cubristeis" (Mat. XXV, 43); y, "cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis" (Ibid. 45). Trabaja con el consejo de sus manos, es decir, de aquellas personas por las cuales distribuye limosnas a los pobres; en cuyo devoto trabajo usa aquel saludable consejo, para que cuando distribuye y da a los pobres, no sea ella alabada por los hombres temporalmente, sino que "su justicia permanece para siempre" (II Cor. IX, 9), "su cuerno será exaltado en gloria" (Salmo CXI, 9). Pero pueden también mística en la lana, que es el hábito de las ovejas, tomarse todas las obras de piedad y simplicidad que ofrecemos a los prójimos. Puede en el lino, que brota verde de la tierra, pero con largo y múltiple ejercicio pierde su humedad nativa, y llega a la gracia de un nuevo resplandor, insinuarse la castidad de nuestra carne: a la cual, mientras purgamos las manchas innatas de los vicios mediante la continencia, ciertamente la hacemos digna de revestirnos de Cristo; según aquello del Apóstol: "Todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo os habéis revestido" (Gal. III, 27). Por tanto, la mujer fuerte busca lana y lino, y trabaja con el consejo de sus manos, cuando la santa Iglesia busca solícitamente con qué frutos de piedad se ejercite, cómo se limpie de las atracciones carnales: y hace ambas cosas con el más prudente consejo, es decir, con la sola mirada de la retribución celestial, de cuya retribución también el siguiente versículo hace mención más claramente, cuando se añade:

HE.

Se hizo como nave de mercader, trayendo de lejos su pan. Llama mercader al negociante, que así es llamado por los antiguos, porque se dedica diligentemente a adquirir y multiplicar mercancías. Se hizo, pues, la mujer fuerte como nave de mercader, porque así como la nave del mercader, cargada de mercancías que abundan más en su patria, se dirige por el mar a tierras extranjeras, para que allí, vendiendo lo que llevó, traiga a casa cosas más valiosas; así ciertamente la santa Iglesia, así cada alma perfecta se alegra de estar cargada de las riquezas de las virtudes, con las cuales compra mayores dones de la gracia divina. Pues es un óptimo comercio, cuando haciendo el bien que podemos, primero recibimos del Señor esta recompensa, que siempre progresemos para hacer mayores cosas, y luego que recibamos la vida eterna. Se hizo, pues, el alma como nave de mercader, que ha pasado con deseo las olas del presente siglo, medita solo las eternas alegrías que espera recibir en los cielos, y para obtenerlas más abundantemente, se esfuerza por hacer instantemente todo lo que puede, y superar valientemente todo lo adverso que se le presenta. De la cual se dice con razón que "de lejos trae su pan", porque en todo lo que hace temporalmente bien, espera solo la retribución eterna, desea solo la saciedad del pan vivo, de aquel que promete piadosa y poderosamente a sus oyentes: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar" (Mat. XI, 5). Pero, por el contrario, recibe su pan en lo cercano, y no lo trae de lejos a través de los mares, quien en lo que parece vivir justamente solo busca las recompensas del favor humano, ni se esfuerza por superar y pisotear lo que se desliza en lo bajo con la mirada de la vida permanente; de los cuales Él mismo terriblemente truena: "En verdad os digo, ya recibieron su recompensa" (Mat. VI, 5).

VAV.

Y se levantó de noche, y dio presa a sus domésticos, y alimento a sus criadas. Así como todo el curso del siglo que pasa se varía por la alternancia perenne del día y la noche, y el día está naturalmente destinado para trabajar, y la noche para descansar; así todo el tiempo presente de la Iglesia se distingue por un cierto estado doble de descanso y trabajo. Pues como si descansara de noche, cuando algunos de sus fieles, dejando por un tiempo la preocupación externa, comienzan a cuidarse espiritualmente a sí mismos, ya sea ejercitándose más secretamente en lecturas sagradas, oraciones y lágrimas, o en otros estudios de este tipo. Pero se levanta de noche, cuando en esos mismos fieles suyos se prepara solícita para cuidar también de los demás. Esta obra de administración fraterna acostumbra a ejercerse de dos maneras: porque convoca a la gracia de la fe a aquellos que erraban fuera; y a aquellos que ya están imbuidos de los sacramentos de la fe, no cesa de exhortarlos a que insistan más en las buenas obras. Por eso se dice bien: "Y dio presa a sus domésticos, y alimento a sus criadas." Pues da presa a sus domésticos, cuando a aquellos que pudo arrebatarse al antiguo enemigo enseñando, los pone en la sociedad de aquellos que los precedieron en la fe. Y da alimento a sus criadas, cuando a los humildes y a los que guardan sus mandatos con el debido amor, para que no desfallezcan bajo el amor piadoso, los refresca con el recuerdo de la recompensa celestial.

ZAIN.

Consideró un campo, y lo compró: del fruto de sus manos plantó una viña. Llama campo a la posesión de la herencia celestial; de la cual el patriarca, bendiciendo a su hijo, dice: "He aquí el olor de mi hijo, como el olor de un campo lleno al que bendijo el Señor" (Gen. XXVII). Pues el olor de los santos es "como el olor de un campo lleno al que bendijo el Señor", porque con toda la intención de su mente contemplan cuál es la plenitud de la bendición en la patria del reino celestial. Consideró, pues, la Iglesia el campo, y lo compró, porque estudió diligentemente cuáles son los gozos de la vida eterna, y por su percepción se esforzó en

trabajar todo lo que pudo. Y del fruto de sus manos plantó una viña, porque de los hechos o palabras fructíferas de sus fieles, compuso la Sagrada Escritura, por la cual embriagó las mentes de los oyentes en la fe y el amor de su Redentor. No está fuera de lugar, si entendemos que la viña es figurada por la misma Iglesia, que es designada por la mujer fuerte, y que los hijos de la mujer son los sarmientos de la viña. Pero la mujer plantó una viña, cuando la Iglesia primitiva, enviando predicadores por el mundo, dispersó las semillas de la fe. Consideró, pues, el campo cuando percibió que todo el mundo, horrendo por las espinas de los vicios, necesitaba cultivo espiritual; lo compró, cuando enviando doctores por todas partes, confirió el talento de la palabra a los oyentes, para someterlos creyentes al más feliz dominio de Cristo. Y plantó en ese campo una viña, cuando en los nuevos pueblos creyentes estableció una Iglesia llena de la institución de la verdad evangélica. La cual viña plantó del fruto de sus manos, porque no solo con la palabra instruían los apóstoles y los sucesores de los apóstoles a los pueblos que enseñaban, sino que también unían a las palabras de la doctrina el testimonio de la buena obra y las señales de los milagros. Pero hasta hoy, más bien hasta el fin del siglo, la mujer fuerte considera el campo, y lo compra, y del fruto de sus manos planta una viña; porque la santa Iglesia siempre solícita busca a quienes pueda convertir a la fe; y a quienes encuentra dóciles, a estos los compra con la moneda de la palabra en el servicio de Cristo, y se esfuerza por plantar en ellos la viña de Cristo, o más bien hacerlos la viña de Cristo; y porque quien desea enseñar a otro, primero debe él mismo abstenerse de los males y ejercitarse en las buenas acciones, con razón se añade.

CHETH

Ceñió sus lomos con fortaleza, y fortaleció su brazo. Ceñió, pues, la Iglesia sus lomos con fortaleza, cuando, atenta a los deseos celestiales, despreció sucumbir a las atracciones carnales; fortaleció su brazo, cuando se preparó para realizar obras de virtud. Y bien se dice primero ceñir los lomos con fortaleza, y luego fortalecer el brazo, porque ciertamente la acción de la buena obra no puede ser aceptable a Dios, si uno no restringe primero la lujuria desbordante de la carne y la mente. De donde el profeta dice: "Dejad de hacer el mal, aprended a hacer el bien" (Isa. I, 16); y el mismo Señor: "Estén ceñidos vuestros lomos, y las lámparas encendidas" (Luc. XII, 35). Lomos ceñidos, para que no os sometáis a la lujuria; lámparas encendidas, para que brilléis con buenas obras.

TETH.

Gustó y vio que su negocio era bueno; no se apagará su lámpara en la noche. Lo que dice, "su negocio", significa ciertamente el campo del que antes dijo: "Consideró un campo, y lo compró." Gustó, pues, la santa Iglesia, gustó cada alma perfecta; es decir, con el deseo íntimo de la mente conoció que bueno es el negocio de la vida inmarcesible, que, dejando las atracciones temporales, compramos la eterna en los cielos. Gustó, es decir, aprendió abiertamente que es bueno, mediante la insistencia en la predicación, llevar a cuantos puede al camino de la verdad; y por eso ninguna oscuridad de tribulaciones, ni la misma muerte puede apagar la lámpara de su devoción. Pues la lámpara de aquellos se apaga en la noche, aunque parezca arder de día, que como dice el Señor: "Creen por un tiempo, y en el tiempo de la tentación se apartan." Pero también la lámpara de aquellos se apaga a medianoche, que cuando viene el juez se demuestra que no tienen el aceite de la caridad en los vasos de sus corazones, mientras, perdiendo el rumor de las falsas virtudes, sufren las verdaderas tormentas de las obras tenebrosas. Pero si queremos tomar la noche en este lugar, según lo que se dice antes: "Y se levantó de noche", es decir, se preparó para trabajar después del descanso, se dice abiertamente que la lámpara de la santa Iglesia no se apaga en la noche, porque incluso cuando descansa del negocio de la acción, se dedica más libremente a la luz

de la contemplación celestial; y cuando cesa de las obras públicas, se esfuerza más ardentemente por dedicarse ya sea a la escucha de la sagrada lectura, o a las alabanzas divinas: según el ejemplo, evidentemente, de la industria femenina, que no solo durante el día suele dedicarse a los necesarios trabajos, sino que también de noche, a menudo con la lámpara encendida, cuida de la misma manera de los asuntos familiares.

IOD.

Extendió su mano a lo fuerte, y sus dedos tomaron el huso. Llama fuerte a las obras perfectas en la caridad de Cristo, a las que la Iglesia se somete gozosa con la cierta expectativa de la retribución celestial. Por ejemplo: "Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y odiarás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian" (Mat. V, 43, 44), y sobre guardar la virginidad: "El que pueda recibir esto, que lo reciba" (Mat. XIX, 12); y sobre despreciar las riquezas: "Si quieres ser perfecto, ve, vende lo que tienes, y dalo a los pobres" (Mat. XIX, 21). Pues el pueblo de la sinagoga, al que se le dijo: "Si queréis y me escucháis, comeréis el bien de la tierra" (Isa. I, 19), era tanto más débil en la obra de la justicia, cuanto menos estaba erguido por la recompensa perpetua. Pero la Iglesia que oyó del Señor: "Haced penitencia, porque el reino de los cielos se ha acercado" (Mat. IV, 17), con razón por la percepción de esto soporta pacientemente todas las cosas duras. De donde nuevamente dice de su fortaleza: "El reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan" (Mat. XI, 12). Y, "Sus dedos tomaron el huso." Las mujeres suelen sostener el huso en la mano derecha, y la rueca en la izquierda. En la rueca está envuelta la lana, que debe ser hilada y pasada al huso. A menudo en las Escrituras la mano derecha significa la vida eterna, y la izquierda los dones presentes de Dios: la opulencia de las cosas, la paz de los tiempos, la salud de los cuerpos, el conocimiento de las Escrituras y la percepción de los sacramentos celestiales. Estas y otras cosas buenas las recibimos del Señor, como lana envuelta en la rueca en la mano izquierda; pero cuando comenzamos a ejercitarnos en ellas por amor a las cosas celestiales, ya pasamos la lana del Cordero inmaculado de la rueca al huso, de la izquierda a la derecha; porque de los bienes de nuestro Redentor, de los ejemplos de sus obras, hacemos para nosotros una estola de gloria celestial, y una vestidura nupcial de caridad. Tomar el huso con los dedos, insinúa la misma intención de discreción con la que uno obra, por la razón de que ningún miembro de nuestro cuerpo está más distinguido por articulaciones y flexiones que los dedos. Cualquiera que pueda decir verdaderamente con el Apóstol: "Nuestra conversación está en los cielos" (Filip. III, 20), de donde también esperamos al Salvador, nuestro Señor Jesucristo: ciertamente los dedos de su mano derecha tomaron el huso, porque aprendió a trabajar con diligente discreción por los bienes eternos; y bien se dice, "Tomaron" para que se recomiende más vivamente con cuánto esfuerzo, con cuánta prisa debemos obrar las cosas inciertas de esta vida por las ciertas recompensas ante el Señor. Pero lo que la mujer fuerte, es decir, la santa Iglesia, o cualquier alma perfecta, ha obrado por el huso intelectual, se revela a continuación:

CAPH.

Abrió su mano al necesitado, y extendió sus palmas al pobre. Esto puede entenderse de las obras de caridad que generalmente se hacen a los pobres, pero se entiende mejor del verbo de Dios que confiere el vestido de salvación a las almas; de lo cual se gloria el bienaventurado Job diciendo: "Me vestí de justicia, y me cubrí, como con un manto y una diadema, con mi juicio" (Job XXIX, 14). La Iglesia abrió su mano al necesitado cuando reveló los misterios de la fe a los ignorantes a través de los obreros de la verdad. Extendió sus palmas al pobre

cuando envió predicadores por todas partes para instruir a las naciones necesitadas de salvación eterna.

LAMED.

No temerá por su casa de los fríos de la nieve: todos sus domésticos están vestidos de doble vestidura. Los fríos de la nieve son los corazones de los réprobos, rígidos por la frialdad de su perfidia, de los cuales dice el Señor: "Y porque abundará la iniquidad, se enfriará la caridad de muchos" (Mat. XXV, 12). Estos ciertamente son oprimidos por aquella nieve que, por el mérito de la primera soberbia, cayó del cielo a las profundidades de las tinieblas, y sin embargo, presume aún de mostrarse a los necios como un ángel de luz, y presenta el hábito de sus méritos con el candor de la nieve, a los ignorantes de sus fraudes. Esto es propio del Señor y de sus ángeles, designar en hábito níveo la claridad de su virtud. Sin embargo, la Iglesia no temerá por su casa de los fríos de la nieve mencionada, porque cree en la promesa del Señor de que "las puertas del infierno no prevalecerán contra ella" (Mat. XVI, 18). Todos sus domésticos están vestidos de doble vestidura: con sabiduría para refutar las doctrinas heréticas de los falsos hermanos, y con paciencia para soportar las luchas de los enemigos abiertos. O ciertamente están vestidos de doble vestidura porque tienen la promesa de la vida presente y futura. Ahora, en la peregrinación temporal, ayudados por la ayuda divina para no desfallecer, y luego, en la morada perpetua de la patria, elevados por la gracia de la visión divina para vivir siempre felices. Asimismo, sus domésticos están vestidos con doble vestidura: una de obra, otra de fe mental, teniendo el velo de las obras, imbuidos de los sacramentos de su Redentor y formados por sus ejemplos. Así se cumple lo del Apóstol: "Todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo os habéis revestido". Los fríos de la nieve también pueden entenderse como los tormentos eternos, que leemos están mezclados de fuego y frío, cuando se dice: "Allí será el llanto y el crujir de dientes" (Mat. VIII, 12). Pues el llanto lo suelen producir el fuego y el humo en los ojos, y el crujir de dientes lo produce el frío; de donde el bienaventurado Job, hablando de los castigos eternos de los réprobos, dice: "Pasarán del calor excesivo a las aguas de la nieve" (Job XXIV, 19). Pero de estos la Iglesia no temerá por su casa, porque quienes perecen no pertenecían a la casa, ni estaban vestidos con su vestidura espiritual, aunque parecían estar instruidos en sus misterios por un tiempo. Finalmente, leemos en los Evangelios que fue expulsado de la casa del banquete aquel hombre que había osado entrar con vestiduras inmundas de obras, y fue arrojado a las tinieblas exteriores, donde había llanto y crujir de dientes (Mat. VIII, 12). Con razón, pues, fue atado en el frío del castigo, porque había descuidado tener el vestido de la piedad.

MEM.

Hizo para sí una vestidura bordada, lino fino y púrpura es su vestido. La vestidura bordada, que suele confeccionarse con una textura variada y muy firme, significa las obras fuertes de la Iglesia y los diversos ornamentos de sus virtudes. De los cuales el Profeta cantó en alabanza del sumo rey, es decir, de aquel varón: "La reina está a tu derecha, vestida de oro, rodeada de variedad" (Salmo XLIV, 10). También el lino fino y la púrpura son su vestido. El lino fino en la castidad de la pura conversación, la púrpura en la efusión de la preciosa sangre. Pues el lino fino es de color blanco, y el color púrpura, que se confecciona de la sangre de un animal llamado púrpura, tiene la apariencia de sangre; de donde se ha dicho bellamente por los Padres que la santa Iglesia, floreciendo con las flores de los elegidos, tiene lirios en la paz y rosas en la guerra. Asimismo, porque el lino fino brota verde de la tierra, pero a través de largas y variadas prácticas, perdiendo su humedad y verdor nativo, se lleva al decoro de una vestidura blanca; la púrpura, en cambio, es un hábito real. La Iglesia se viste de

lino fino cuando los elegidos castigan sus cuerpos y los someten a servidumbre; de púrpura cuando ejercen la misma continencia no por el favor del vulgo, sino para adquirir la bienaventuranza del reino eterno. Así, el hábito de las virtudes parece despreciable a los ignorantes en el presente, pero en el futuro se manifestará claramente cómo fue. De donde bellamente en el Apocalipsis de Juan se refiere que oyó la voz de los santos diciendo: "Gocémos y alegrémosnos, y démosle gloria, porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado, y se le ha concedido que se vista de lino fino resplandeciente" (Apoc. XIX, 7). Pues el lino fino son las justificaciones de los santos.

NUN.

Noble en las puertas es su esposo, cuando se sienta con los senadores de la tierra. El esposo de la santa Iglesia, el Señor de cada alma, es el que parecía innoble cuando estaba ante el tribunal del gobernador para ser juzgado, cuando soportaba insultos, escupitajos, azotes y la misma muerte de cruz; pero aparecerá noble cuando venga a juzgar el mundo con equidad, y todos sus ángeles con él. Entonces se sentará, dice, en el trono de su majestad, y se reunirán ante él todas las naciones, y las separará unas de otras, etc. (Mat. XXV, 31, 32). Noble, dice, en las puertas es su esposo, porque los antiguos solían sentarse en las puertas para juzgar, de modo que los que venían a la ciudad desde otro lugar recibieran inmediatamente la respuesta del juez, y para que los rústicos o pastores no se asombraran de los edificios inusuales de la ciudad, ni tampoco la paz de la ciudad se viera perturbada por frecuentes controversias de litigantes. Por tanto, el Señor será noble en las puertas de la ciudad, porque el que ahora muchos consideran despreciable, cuando llegue el fin del mundo, cuando abra la entrada de la patria celestial a los elegidos, ya aparecerá sublime a todos. Pero se sentará con los senadores de la tierra. Amén os digo, que vosotros que me habéis seguido en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se sienta en el trono de su majestad, os sentaréis también vosotros sobre doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel (Mat. XIX, 28).

SAMECH.

Hizo una tela de lino y la vendió, y entregó un cinturón al cananeo. En la tela de lino se señala la sutil textura de la santa predicación, en la cual se descansa suavemente, porque la mente de los fieles se reconforta en la esperanza celestial. De donde también a Pedro se le muestran los animales en un lienzo, porque las almas de los pecadores, misericordiosamente agregadas, se contienen en el suave descanso de la fe. Así pues, la Iglesia hizo y vendió esta tela de lino, porque la fe que había tejido creyendo, la dio hablando, y de los infieles recibió la vida de la recta conversación. Y también entregó un cinturón al cananeo, porque por el vigor de la justicia demostrada extinguió las obras flojas de la gentilidad; para que lo que se ordena se mantenga viviendo: "Estén ceñidos vuestros lomos" (Luc. XII, 35). Pues bien, con el nombre de Canaán, que engendró al pueblo de la gentilidad y se interpreta como cambiado, se designa la gentilidad convertida a la fe, que por una felicísima transformación pasó de los vicios a las virtudes, del diablo a Cristo. De donde se escribe en su alabanza el salmo cuarenta y cuatro, cuyo título es: "Al final, por aquellos que serán cambiados, hijos de Coré, cántico para el amado". Los hijos de Coré se interpretan como hijos del Calvario, que son hijos de la cruz del Señor, diciendo: "Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo" (Gal. VI, 14). Cómo se cambian, lo enseñan los siguientes versículos del mismo Salmo, donde el mismo amado, es decir, el Señor, dice a la Iglesia: "Escucha, hija, y mira, e inclina tu oído, y olvida a tu pueblo y la casa de tu padre" (Salmo XLIV, 11). Pues desea cambiarla para poder tenerla como hija, y le ordena olvidar la casa de su padre anterior, es decir, del enemigo antiguo.

AIN.

La fortaleza y el decoro son su vestidura, y reirá en el último día. Fortaleza para soportar la maldad de los perversos, decoro para ejercer la gloria de las virtudes. Decoro, porque obra justicia; fortaleza, porque sufre persecución por la justicia: y por eso reirá en el último día, es decir, se alegrará en la retribución del reino celestial, lo que dolía en la lucha de la vida presente. Pues es costumbre de la Escritura poner la risa por el gozo, como dice el Señor: "Bienaventurados los que ahora lloráis, porque reiréis" (Luc. VI, 21); y el bienaventurado Job: "La boca de los veraces se llenará de risa" (Job VIII, 21). El Profeta puso una sentencia similar sobre el Señor y Salvador, de esta fortísima mujer, diciendo: "El Señor reinó, se vistió de decoro, se vistió el Señor de fortaleza" (Salmo XCII, 1). Pues cuando predicaba el Evangelio del reino, a algunos les agradaba: otros hablaban bien, otros detractaban, laceraban, mordían, se burlaban. A aquellos a quienes agradaba, se vistió de decoro; a aquellos a quienes desagradaba, de fortaleza. Imita, pues, a tu Señor, para que puedas ser su vestidura. Sé decoroso con aquellos a quienes agradan tus buenas obras; sé fuerte contra los detractores.

PHE.

Abrió su boca con sabiduría, y la ley de la clemencia está en su lengua. Abrió su boca solo para enseñar sabiduría, según lo del Apóstol: "Ninguna palabra mala salga de vuestra boca" (Efes. IV, 29); sino si alguna buena para edificación de la fe, para dar gracia a los oyentes. O ciertamente abrió la boca del corazón para aprender interiormente la sabiduría de la verdad, que enseñaría a otros exteriormente. A ambos sentidos, porque la Iglesia hace ambos, concuerda abiertamente lo que sigue: "Y la ley de la clemencia en su lengua"; aquella, para no castigar inmediatamente a los pecadores al modo de la ley mosaica, sino para llamarlos misericordiosamente a los remedios de la penitencia. Cuyo ejemplo de clemencia percibió manifiestamente de Dios y nuestro Salvador, cuando le fue presentada la mujer pecadora, dijo: "El que esté sin pecado, sea el primero en arrojar la piedra contra ella" (Juan VIII, 7); y así la absolvió del crimen que había cometido, bajo la condición de no pecar más.

ZADIC.

Consideró los caminos de su casa, y no comió el pan de la ociosidad. Considera los caminos de su casa, porque investiga sutilmente todas las reflexiones de su ciencia. No comió el pan de la ociosidad, porque lo que percibió entendiendo del sagrado discurso, lo mostró con obras ante los ojos del juez eterno. Asimismo, la casa de la mujer es la morada de la patria celestial; los caminos de esa casa son los preceptos de justicia, por los cuales se llega a la mansión de la vida eterna: que ciertamente la mente considera bien, y diligentemente observa con qué actos debe llegar a lo alto; y lo que aprendió que debe hacer, no deja de ejercitarlo con diligencia. Tampoco come el pan de la ociosidad, cuando percibiendo el sacrificio del cuerpo del Señor, se esfuerza por imitar en acto lo que celebra en misterio: muy solícita de no comer indignamente el pan del Señor, y beber el cáliz, para no comer y beber juicio para sí misma (I Cor. XI, 29), sino para seguir, en cuanto puede, los ejemplos de sus pasiones, sufriendo por Cristo, derramando lágrimas, y perseverando en buenas obras. También puede entenderse simplemente que la mujer fuerte no come el pan de la ociosidad, según lo del Apóstol: "El que no trabaja, que no coma" (II Tes. III, 10); y él mismo de sí: "Porque para lo que me era necesario, y a los que están conmigo, ministraron estas manos" (Hechos XX, 34). De donde con razón, reprendiendo a las viudas lujuriosas, añade: "Aprenden a ser ociosas, yendo de casa en casa: no solo ociosas, sino también habladoras y curiosas" (I Tim. V, 13).

COPH.

Se levantaron sus hijos, y la proclamaron bienaventurada, su esposo también la alabó. Lo que sabía que sucedería con certeza, lo refiere al modo profético como si ya hubiera sucedido. Pues se levantarán los hijos de la Iglesia, es decir, todos los elegidos en el último día, dotados de la inmortalidad de la carne: y entonces proclamarán bienaventurada a su madre, que los engendró para Dios del agua y del Espíritu Santo, que ahora es despreciada como miserable por los infieles: y en verdad, como dice el Apóstol: "Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más miserables de todos los hombres" (I Cor. XV, 19). Pero como por otra vida militamos en el presente, con razón cuando aparezca lo que seremos, proclamaremos bienaventurada a nuestra madre, que reunida de todos los justos, es llamada una sola paloma de Cristo, esposa y amiga. Se levantará también su esposo, y la alabará, diciendo en el juicio: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, etc." (Mat. XV, 34, 35). Él mismo, que es las primicias de los que durmieron, resucitó de entre los muertos, pero en el día del juicio mostrará más manifiestamente a todos aquellos que juzgue dignos de su alabanza cuán grande es la gloria de su resurrección. Esto que se dice: "Se levantaron sus hijos, y la proclamaron bienaventurada", también puede entenderse convenientemente en este tiempo, cuando cualquiera de los fieles, trascendiendo las miserias del mundo, es llevado a los reinos celestiales. Pues sentarse a veces pertenece a la humillación, levantarse a la gloria, de donde se dice: "Hace tiempo, sentados en ceniza, se arrepentirían" (Luc. X, 13), es decir, humillados, y el profeta: "De la mano de tu rostro estaba solo sentado, porque me llenaste de amenaza" (Jer. XV, 17). Y también el salmista: "Es vano para vosotros levantaros antes del amanecer, levantaos después de haberos sentado, los que coméis el pan de dolor" (Salmo CXXVI, 2). Lo que es decir claramente: ¿Por qué buscáis gozar en el presente, lo que se reserva a los elegidos en el futuro? No podéis tener en esta vida, es decir, antes de la luz de la retribución celestial, la gloria de la verdadera felicidad: más bien, después de haber sido humillados aquí por un tiempo, esperad ser exaltados allí verdaderamente para siempre; vosotros para quienes es amargo todo lo que a los amantes del mundo parece agradable y dulce. Por tanto, se levantan los hijos de la Iglesia, y la proclaman bienaventurada, cuando elevados a los bienes celestiales, ven cuán grande es la bienaventuranza de esa patria, de la cual han merecido ser partícipes, y la celebran con la debida alabanza en la visión divina. La alaba su esposo, cuando recompensa los bienes que él mismo otorgó. Con qué palabras la alaba, se muestra consecuentemente, cuando se dice:

RESC.

Muchas hijas han reunido riquezas, tú las has superado a todas. Llama hijas a las Iglesias de los herejes, y a las turbas de los malos católicos. Que son llamadas hijas de Cristo o de la Iglesia, porque también ellas han renacido por los sacramentos del Señor, y recibieron la adopción de hijos, que no guardaron; de donde también Juan dice: "Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros" (I Juan II, 19). Que han reunido riquezas, es decir, de buenas obras, oraciones, ayunos, limosnas, aflicción y castidad de la carne: continencia de la lengua, meditación de las Escrituras, y otras cosas de este tipo, que son verdaderas riquezas del espíritu, donde se llevan con pura sinceridad de mente; donde se hacen sin la fe que obra por el amor, no aprovechan nada a los que las hacen. Pero también esas hijas en vano han reunido riquezas, de las cuales dice el Señor: "Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchas maravillas? Y entonces les confesaré: Nunca os conocí" (Mat. VII, 22, 23). Pero la Iglesia católica supera a todas estas hijas, que con fe casta y obra perfecta, sigue las huellas de su Redentor.

SCHIN.

Engañosa es la gracia, y vana la hermosura: la mujer que teme a Dios, ella será alabada. Engañosa es la gracia del elogio que recibe del hombre; vana la hermosura de la caridad o de la buena obra que muestra a los hombres el alma que carece del temor divino. Pero esa conciencia es verdaderamente digna de alabanza, que guarda el temor de Dios en todo: pues él es el principio y guardián de todas las virtudes, dice la Escritura: "El temor del Señor es el principio de la sabiduría" (Ecli. II, 16); y de nuevo: "El que teme al Señor, no descuida nada" (Ecle. VII, 19). De ahí que el bienaventurado Job, tanto en la prosperidad floreció incomparablemente en virtudes, como en las adversidades permaneció invencible al enemigo: porque pudo decir verdaderamente: "Siempre temí a Dios como si sobre mí se levantaran olas hinchadas, y no pude soportar su peso" (Job, XXXI, 23). Engañosa, pues, es la gracia de los simuladores, vano el decoro de la obra de los necios. Pero la Iglesia, que se comporta en el tiempo de su peregrinación con temor, porque ofrecerá al Esposo que viene a juicio las lámparas ardientes de las virtudes, con razón, alabada por él, entrará por la puerta del reino celestial. Cómo la alaba, se enseña en el versículo final.

TAU.

Dad a ella del fruto de sus manos, y alábenla en las puertas sus obras. Estas son las palabras de aquel varón, de quien se dijo: "Su esposo la alabó", es decir, de nuestro Señor y Salvador, quien mandará a los ángeles al final que introduzcan a la Iglesia, después de la lucha de esta vida, después de la trilla y aflicción terrenal, a los gozos del reino celestial, y la agreguen como compañera de la vida inmortal; según lo evangélico: "Pero recoged el trigo en mi granero" (Mat. XIII, 30). "Dad", dice, "a ella del fruto de sus manos"; porque se preocupó de llevar el fruto del espíritu, caridad, gozo, paz, benignidad, bondad, modestia, continencia, fe, paciencia. Por esto, devolvedle la recompensa debida, y alábenla en las puertas, es decir, en el juicio o en la entrada de la patria celestial, no los favores superfluos de los hombres, sino las mismas obras que hizo, examinando, aprobando y recompensando aquel, por cuya gracia donante las perfeccionó, para que merezcamos ser alabados por él en el futuro, conceda él mismo propicio que lo alabemos con dignos servicios en la vida presente. Amén.